

Editorial

La ciencia en Argentina, sus mitos y su “crisis de presencia”

GASTÓN JULIÁN GIL*

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas /
Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina

Este nuevo número de *Aiken* se concreta en el marco de un conjunto cambiante de incertidumbres que han signado los tres años en los que se lleva editando. Si bien la revista fue concebida antes de la pandemia, el proyecto se concretó en el contexto de ese experimento global que consistió en confinar a la población “sana”. Y aunque las más heterogéneas incertidumbres dominan la región y, en particular la Argentina, el tramo final de 2023 presenta complejidades singulares en el contexto nacional en el que se edita *Aiken*. El cambio de gobierno, más allá de las consecuencias generales de las nuevas políticas y el estado general de las cuentas públicas, interpela de forma explícita al campo científico argentino tal vez como nunca antes. Las contundentes e irresponsables referencias al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) del nuevo presidente durante la campaña colocaron al sistema científico en el centro de la escena del debate público como nunca antes. A tal punto que la notoriedad pública que cobró quien era señalado por los medios de comunicación como el futuro presidente del organismo en el próximo gobierno no reconoce precedentes desde la fundación del CONICET en 1958.

Como se viene postulando desde estas páginas, “gracias” a la pública partidización del campo académico y, sobre todo, de instituciones oficiales como el CONICET, “la ciencia” fue ganando cada vez más espacio en la opinión pública. Esta situación se ha tornado tan peculiar que la pregunta “¿en serio van a cerrar el CONICET?” difícilmente no le haya sido planteada a cada investigador de parte de algún conocido más o menos cercano. En efecto, el sistema científico recibió agresiones inverosímiles, a través de comparaciones improcedentes (con la NASA) o mediante la asociación con el imaginario clientelístico de los planes sociales o el empleo público de baja calificación. Pero esa deslegitimación de los organismos de ciencia y técnica encontró un terreno fértil para diseminarse sin control dado que sus exponentes más notorios no han siquiera dudado en entregar la autonomía de la ciencia y las universidades al altar de la política partidaria. Acciones tales como las marchas “en defensa de la ciencia” con carteles y gestos partidarios o acciones tan banales como el repudio al contenido de una historieta de un medio gráfico (Gil, 2023) han expuesto a las instituciones científicas y académicas y a sus integrantes ante un escrutinio público innecesario y sumamente peligroso para la salud del sistema. A través de sus funcionarios más encumbrados y actores con un elevado capital de notoriedad intelectual, se expuso ante la sociedad una imagen de unanimidad y de sumisión absoluta a las consignas de un régimen derrotado. En ese marco de exposición, términos tales como “cerrar”, “racionalizar”, “privatizar” se

* Investigador Independiente del CONICET. Profesor titular regular de Antropología y Director del Centro de Estudios Sociales y de la Salud (CESyS), Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social, Universidad Nacional de Mar del Plata. E-mail: gasgil@mdp.edu.ar  <https://orcid.org/0000-0002-8112-2119>

mezclaron con una agenda periodística que maneja los temas de la ciencia y la academia con una pasmosa falta de responsabilidad y desconocimiento. A pocos días de iniciado el nuevo gobierno, todavía no es posible estar seguro si los embates prometidos se concretarán y, en ese caso, de qué manera, con qué alcance y con qué intensidad. Política de despidos, desfinanciamiento, pulverización de los salarios en un contexto de -como mínimo- alta inflación, ya forman parte de un conjunto de horizontes de expectativa de cierta verosimilitud. Basta con que la sociedad no esté dispuesta a comulgar con la “causa de la ciencia” para que las tan anunciadas políticas de ajuste, persecución y destrucción del sistema, se puedan implementar sin oposición.

El mito de los años noventa y la crisis de presencia

Más allá de la reivindicación explícita de las políticas estatales de la década de 1990 por parte del nuevo presidente de la Nación, y la reaparición de funcionarios (medios, encumbrados, desconocidos, apellidos paradigmáticos) de la “era memenista” (1989-1999), asistimos a un *revival* narrativo con alto potencial mitológico de aquellos tiempos tan rechazados desde la academia. Además de las políticas “neoliberales”, aquella “invitación” a *lavar los platos* que el ministro de Economía, Domingo Cavallo, le formuló a los científicos que reclamaban mejoras salariales en 1994, se ha transformando en todo un poderoso mito que, como “esquema dotado de una eficacia permanente” (Lévi-Strauss, 1968: 232) ordena gran parte de las categorías de análisis y lecturas del presente acerca de la relación entre la política nacional y, en este caso, el sistema científico. Los mitos, en tanto dispositivos “culturales extraordinariamente sutiles” (Lévi-Strauss, 2002: 36) y como “máquinas de suprimir el tiempo” (Lévi-Strauss, 2002: 25), ofrecen entonces una gramática a partir de la cual se articulan los motivos y los temas que llegan desde el exterior y se acomodan al sistema cognitivo. Tanto para quienes recuerdan *los noventa* con nostalgia por la estabilidad económica o la “modernización”, como para quienes la mantienen como una década infame de pérdida de derechos y empobrecimiento, han emergido como el mito ordenador de las expectativas sobre el próximo gobierno. Sin embargo, no sólo se trata de momentos históricos diferentes sino que la configuración del sistema científico también se modificó de manera ostensible, del mismo modo en que cambiaron los actores, los papeles desempeñados o la cantidad y calidad de información que circula en los grandes medios y, sobre todo, en las redes sociales.

Todo este panorama que se ha intentado resumir es especialmente relevante para una revista de ciencias sociales como *Aiken*, ya que estas disciplinas son las que en mayor medida han quedado en el centro del debate público, y las reiteradas preguntas que desde el periodismo se le formulán al próximo rotular del CONICET lo muestran con elocuencia. Oposiciones elementales y, por supuesto, falsas, en torno a la “utilidad” o “inutilidad” de las investigaciones que financia el Estado de un país con cerca de la mitad de su población bajo la línea de pobreza, constituyen una trampa que debería desactivarse. La apelación descontextualizada a títulos de *papers* y ponencias de, en mayor medida, teoría literaria y estudios culturales, es ya todo un lugar que no sólo usan periodistas “críticos” del sistema sino que hasta ha penetrado conversaciones cotidianas de actores sin vínculos cercanos con el campo académico.

Por todo ello, será importante estar alertas para que las ciencias sociales no se transformen en la víctimas propiciatorias (Girard, 1991) de los males del sistema, que no sean entregadas al altar sacrificial de nociones superficiales de productividad, eficiencia o utilidad al compás de un eventual nuevo clima de época. Además de ello, no son las ciencias sociales las que mayor responsabilidad detentan en los no menores problemas que aquejan al sistema, muchos de ellos que han sido enunciados en distintos editoriales de esta revista, principalmente la partidización y la sumisión a las agendas militantes y las claves de interpretación de la política partidaria. De hecho, los mayores responsables, o al menos los más notorios, no provienen precisamente de las “ciencias blandas”. Por el contrario, afamados investigadores de las “duras” y las exactas son quienes en mayor medida han liderado esos rituales públicos de comunión entre ciencia y partido.

Fotos con gestos y banderas partidarios en movilizaciones, repudios públicos a una historieta de un medio gráfico, actos partidarios en facultades, son algunos de los tantos hechos que han sembrado el terreno para que la sociedad asocie de forma natural a los integrantes del sistema científico con la afiliación partidaria o lo que se supone, desde el sentido común, que serían prácticas clientelísticas para acceder a los cargos de investigador científico.

Hace ya casi cinco décadas, las ciencias sociales argentinas sufrieron un virulento proceso de desmantelamiento sistemático y programado, cuando habían logrado una definitiva institucionalización (sobre todo sociología) y gozaban de legitimidad e inserción internacional. Por supuesto, algunas carreras y proyectos académicos habían padecido interrupciones institucionales y procesos de retracción, sobre todo en el marco de la Noche de los Bastones Largos de 1966, fruto del golpe de estado que encabezó el general Juan Carlos Onganía en 1966. Pero desde mediados de la década de 1970, y antes del golpe de 1976 (Gil, 2010; 2016a), se cristalizó una trama argumental que fue mutando en sus núcleos argumentales para socavar las ciencias sociales. Si en un principio los embates estuvieron dirigidos al contenido “subversivo” de disciplinas como antropología social o sociología, una vez instalado el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, en determinados ámbitos institucionales el desmantelamiento de los programas se concretó a partir de la “inviabilidad” de las ciencias sociales (Gil, 2016b). Este embate perpetrado desde el Estado contra carreras universitarias, programas, unidades académicas y hasta centros privados de investigación tuvo su correlato con las desapariciones y exilios que, en su conjunto, retrasaron por varias décadas el desarrollo de las ciencias sociales en el país.

Por supuesto que el panorama actual es muy diferente, incluso en el peor de los escenarios posibles. Tal vez lo que sí resulte imperioso es clarificar que las ciencias sociales no se llevan la mayor parte de los recursos del sistema, como sostienen de manera tan ligera comunicadores que se ocupan superficialmente del “problema del CONICET”. En ese sentido, las palabras del eventual nuevo presidente del organismo, traen cierta tranquilidad. Sus referencias a la necesidad de estas disciplinas para comprender la complejidad de los procesos sociales, a la función que cumplimos muchos investigadores en la docencia en las universidades (profesores que investigan y publican) y a lo “baratas” que son en términos de necesidad de recursos para investigar en relación con otras disciplinas, son algunas de las tantas premisas necesarias para un debate serio y fructífero.

En definitiva, las ciencias sociales afrontan toda una nueva “crisis de presencia”, concepto acuñado por el etnólogo italiano Ernesto de Martino (1908-1965) para explicar la apelación a las prácticas mágicas, y que Guber (2007) ya había aplicado para enmarcar parte de la historia de la antropología social argentina, particularmente en la mencionada ruptura institucional de 1966. Lejos de interpretar las prácticas mágicas como irracionales o como símbolos de estados mentales inferiores o supervivencias de los estadios anteriores a la civilización, de Martino las pensaba como un conjunto de herramientas cognitivas para lidiar con la incertidumbre, como una fuente de sentido y un marco de interpretación que brinda seguridad existencial. Se trata de una “estructura de protección” contra “la precariedad de los bienes elementales de la vida” (de Martino, 2011: 89), la incertidumbre sobre el futuro, la aparición de fuerzas sociales sin control y la carencia de un marco de interpretación y comportamientos plausibles y “eficaces”. Ese esquema de interpretación perduraría en el segmento más maduro de la obra demartiniana, en el que además llevó adelante una intensa investigación de campo en el sur italiano. Su publicación más celebrada, y a la vez la más traducida, *La terra del rimorso* (de Martino, 1961), muestra de forma elocuente que este autor consideraba a las instituciones mítico-rituales como modelos de deshistorización de aquellas instancias críticas de la existencia, tanto en el plano individual como colectivo. Ese libro ha sido, además, el eje principal del “descubrimiento” de su obra por parte de las antropologías centrales. Allí también profundizaba en el estudio de las representaciones colectivas de la crisis y de la amenaza de aniquilamiento de la cultura. Entonces, ese riesgo de dejar de existir en un mundo cultural posible se produce a partir de la idea que se cristaliza en el individuo cuando asume

que ha perdido los vínculos sociales y colectivos. De ese modo, de Martino se proponía llevar adelante no sólo una tipología de los apocalipsis modernos sino también una “estructuración de la historia” (Maestrutti, 2013) que, a partir de sus contrastes y recuperaciones, permita captar en su realidad efectiva las sucesivas génesis de la experiencia apocalíptica. Esta inseguridad en cuanto a la pervivencia del presente, es decir, que se mantengan condiciones de vida viables en el futuro, configura entonces la experiencia de un presente frágil que, en el caso de las sociedades modernas, se vincula con la relación entre la utopía y la tecnología, es decir entre la ética y las consecuencias sociales de la técnica, entre las representaciones de lo humano y los cambios proporcionados por los dispositivos tecnocientíficos. De esa manera, se movilizan profundas inquietudes existenciales que sólo pueden ser superadas si los sujetos recuperan la capacidad de darle sentido a la historia, aceptando lo inevitable del fin y el riesgo de la incertidumbre.

Es esa incertidumbre absoluta la que domina los horizontes de expectativas de los actores del sistema científico. Quizás se den las condiciones para un abordaje comprensivo algo más distanciado de las políticas que hicieron posible en las últimas décadas la indudable expansión de ese sistema (becas e ingresos a carrera de investigador en el CONICET, creación de universidades) y se puedan discutir con honestidad los serios problemas que persisten y que no se resuelven con más recursos. Y todo sin mencionar dilemas mucho más profundos que aquejan a los demás niveles educativos, que no parecen haber experimentado los mismos avances y que están plagados de problemas más urgentes y prioritarios.

Un nuevo número en crisis de presencia

Este nuevo número de *Aiken* recupera el formato de los artículos libres. La revista sigue creciendo a medida que se cristaliza como un canal legítimo de publicación, lo que obliga a intensificar un trabajo realizado que todavía es posible mantener. Cada realización es, en este contexto de incertidumbres y de recursos siempre escasos, la consecuencia de un arduo trabajo artesanal que se complementa con la colaboración indispensable de un gran número de colegas en sus diferentes y fluidos roles. Todos esos esfuerzos individuales y desinteresados siguen haciendo posible la concreción de este proyecto editorial con sentido colectivo e institucional.

En esta ocasión, se publican cuatro artículos que abordan temáticas diferentes desde diversas afiliaciones disciplinares. El impacto del COVID vuelve a estar entre los ejes de indagación de las contribuciones de *Aiken*. En este caso, Daniela Teveles nos lleva, a partir de su experiencia profesional en un centro de salud, a una problemática poco presente en la agenda pública: las secuelas del Covid-19 entre quienes sufrieron la enfermedad de forma aguda. Luego de un par de años en los que el Covid-19 monopolizó la agenda y el foco de las políticas públicas, parece haber desaparecido de la consideración pública. Este texto, por el contrario, nos recuerda uno de los impactos a más largo plazo de la pandemia, en este caso los directamente asociados al virus SARS-Cov2, pero enfocados en las actividades de la vida diaria, categoría de gran relevancia para muchas profesiones de la salud. Así es que la “disrupción biográfica” detectada muestra un correlato “laboral, económico, habitacional, vincular y emocional” que sin dudas requiere de políticas públicas concebidas a partir de este tipo de evidencia empírica.

El alcance internacional de *Aiken* queda ratificado con “Migração, religião e saúde mental: O Instituto Sonhe e os imigrantes bolivianos em São Paulo/Brasil”. El artículo de Suzana Ramos Coutinho, Nelson Luiz Nunes Domingues y Wagner Lopes Sanchez recupera una temática que ya fue objeto de un número temático: las migraciones internacionales y sus vinculaciones con la salud colectiva. Esta investigación coloca además a la religión como un dominio fundamental a partir del cual los migrantes encuentran una red de protección, un ambiente favorable de inserción y de directa vinculación “positiva” para la salud mental. Más precisamente, el caso del Instituto Sonhe de la ciudad de São Paulo (Brasil) les permite a los autores mostrar de qué modo la religión opera como un espacio privilegiado de sociabilidad para los migrantes, que a partir de ese dominio cultural tienen mayores posibilidades de reconstruir su identidad cultural y alcanzar

el “equilibrio mental necesario para organizar su vida de forma digna. La acogida, la experiencia de vida grupal y de cohesión permiten que las personas se sientan más seguras en contextos de inseguridad, violencia y miedo”.

Una vez más, los conflictos ambientales y las consecuencias habitualmente negadas del “agronegocio” aparecen como objeto de probematización en *Aiken*. En esta oportunidad, Nicolás Forlani nos muestra de qué manera opera el efecto de científicidad de aquellos discursos “expertos” que respaldan la inocuidad del “paquete tecnológico de la agricultura moderna”. Este modelo de desarrollo agrícola encuentra en casos puntuales como el analizado, del mismo modo en que puede ocurrir con otros proyectos “extractivos”, conflictos de ardua resolución en donde se juegan además valores en torno a la salud colectiva o la valoración del ambiente. De esta manera, “Controversias sociotécnicas en torno al agronegocio. El caso de la Audiencia Pública de Río Cuarto en el año 2013” muestra la riqueza del análisis de disputas conflictivas de alcances legales, que desde la antropología de Manchester, con Max Gluckman y sus discípulos, ha mostrado un riqueza todavía vigente.

“*¿Es un paciente? es y no es en realidad*”: el paciente «social» como problema médico-profesional en un hospital público de la Ciudad de Buenos Aires, de María Bordes y Paula Cantor es un excelente ejemplo del abordaje social de la medicina. A partir de distintos recursos metodológicos, un “caso” muestra una vez más la complejidad de relaciones que lo atraviesan. El artículo nos pone en presencia de diversos sistemas clasificatorios que entran en tensión (profesionales, burocráticos) y que, sobre todo, no parecen estar diseñados a partir de las necesidades de los pacientes o de una problematización compleja de la salud colectiva. Nos enfrentamos entonces a lógicas que atentan contra la salud colectiva, ancladas en tradiciones, identidades disciplinares y regímenes de control cuya desnaturalización y comprensión genuina es imprescindible frente a los desafíos inherentes del proceso salud-enfermedad-atención-ciudadano.

Esta clase de acumulación inductiva de casos relevantes son y serán necesarios para cumplir el sueño de muchos investigadores sociales: que quienes se encargan de pensar, ejecutar y evaluar las políticas públicas tengan la sensibilidad y la capacidad de saber aprovechar productivamente los densos conocimientos sobre los temas a los que enfrentan. Las preocupaciones de la sociedad por el “despilfarro” del dinero de los impuestos tal vez se matizaría si un Estado con capacidad de gestión se nutriera de, o al menos considerara, esas investigaciones que ese mismo Estado financia y patrocina. Pero ello no será posible si el más elemental sentido común y las presiones de corporaciones que carecen de algo que se asemeje a un concepto de bien público (incluso en el propio sistema científico), son las que siguen dictando el curso de las cosas.

Bibliografía

- De Martino, E. (1961). *La terra del rimorso. Contributo a una storia religiosa del Sud*, Il Saggiatore, Milano.
- De Martino, E. (2004). *El mundo mágico*, Libros de la Araucaria, Buenos Aires. Versión original: *Il mondo magico*, Einaudi, Torino, 1948.
- Gil, G. J. (dir.) (2010). *Universidad y utopía. Ciencias sociales y militancia en la Argentina de los 60 y 70*, Mar del Plata: EUDEM.
- Gil, G. J. (2016a). Politics and academy in the Argentinian social sciences of the 1960s: Shadows of imperialism and sociological espionage. *History of the Human Sciences*, 29: 63-90. <https://doi.org/10.1177/0952695116653538>
- Gil, G. J. (2016b). De “subversivas” a “inviables”. Ciencias sociales y dictadura en la Universidad de Mar del Plata (1976-1980). *Historia de la Educación. Anuario SAHE*, 17 (1): 72-93. <https://www.saiehe.org.ar/anuario/revista/article/view/504>
- Gil, G. J. (2023). Sobre estilos, política y gestión de la ciencia. *Aiken. Revista de Ciencias Sociales y de la Salud*, 3(1), 5-9. <https://eamdq.com.ar/ojs/index.php/aiken/article/view/58>

- Girard, R. (1991). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- Guber, R. (2007). Crisis de presencia, universidad y política en el nacimiento de la antropología social de Buenos Aires, Argentina. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, 263–298. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1110>
- Lévi-Strauss, C. (1968). *Antropología estructural*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lévi-Strauss, Claude (2002) *Mitológicas. Lo crudo y lo cocido*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Maestrutti, M. (2013). Retour sur *La fine del mondo* d'Ernesto De Martino. *Socio-anthropologie*, 28: 65-82.